

El 68 mexicano, 40 años después. Sus alcances y su vigencia

Alejandro Favela



EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DEL 68 ha servido como referencia en muchas ocasiones como un elemento que marca un antes y un después en la historia contemporánea de México. Evidentemente para aquellos que participaron de manera directa, el impacto que tuvo en sus vidas ha sido indudable. Las movilizaciones, las reivindicaciones enarboladas, la organización y la camaradería que en el movimiento se gestó; el tipo y la intensidad de la respuesta gubernamental y mediática, así como la magnitud de la represión de que fue objeto; las filias y fobias que el movi-

miento y la respuesta de un gobierno autoritario generaron en sus actores directos, los marcó de manera indeleble. Mas el 68 y su impacto fueron mucho más que el impacto directo e inmediato sobre actores directos e individuales. El 68 fue mucho más allá de los actos y circunstancias meramente coyunturales, y es en ello que radica su real importancia histórica.

El 68 mexicano está inscrito en una ola de protesta y renovación cultural en el que la juventud en su conjunto y no sólo los estudiantes estaban ocupados y empeñados a lo

largo de los 60's. La contracultura en general y los reclamos democráticos y antiautoritarios recorrieron Europa, Asia, África, América a lo largo de esa década, en la búsqueda de nuevos horizontes y paradigmas desde los cuales entender y realizar la vida social. América Latina y México no estaban al margen de esa corriente de renovación cultural. De alguna manera podría decirse que por primera vez en la historia, los relojes de las diversas culturas se sincronizaron en un mismo tiempo con un objetivo común: la búsqueda de nuevas alternativas culturales para hacer la vida social más integrada, libre y democrática, partiendo de realidades diversas y buscando objetivos, no necesariamente coincidentes.

El 68 mexicano tuvo características trágicas particulares, puesto que el reclamo democrático, contracultural y de las vanguardias artísticas, imperantes en ese año, nunca podrá ser desligado de la brutal represión y de las conductas delictivas gubernamentales de la que fueron objeto los jóvenes estudiantes y sus simpatizantes. El 68, en México, tuvo víctimas directas entre los muertos, los apresados, los perseguidos y todos los que en su momento fueron estigmatizados y arrinconados por un régimen que se volvió de terror y que polarizó a una sociedad, hasta esa época, desentendida de reclamos democratizadores. El movimiento estudiantil del 68 en México hizo evidente e inocultable la protesta social, así como también la incapacidad gubernamental para responder a un movimiento social amplio con argumentos que no fueran los de la violencia institucional. La protesta social y la represión quedaron a la vista de todos. La visibilidad social y política de ambos fenómenos fue, precisamente, lo que hizo del 68 una coyuntura que signó buena parte de la cultura política y el hacer político de los años posteriores. Todo actor político post 68 tuvo y tiene como referencia esos sucesos que impactaron la política, la cultura y la vida institucional del país.

La respuesta gubernamental represiva y autoritaria del momento y el frente amplio que se formó en torno al Presidente Díaz Ordaz para respaldar su política, trató de hacer marginal la protesta y nimio su impacto social, pero lo que logró fue: no acallar la disidencia, sino hacer evidente que el régimen, tal y como había sido entendido e instrumentado hasta ese momento, era incapaz de procesar voces disonantes a la suya y que esa incapacidad, era la que resultaba un peligro —en sí mismo mayor— para la estabilidad del sistema político en su conjunto. La necesidad de la reforma institucional se hacía necesaria, obvia e inminente a fin de disminuir la rigidez e inflexibilidad a la que el régimen había llegado, si es que se le quería

conservar en su estructura fundamental, como instancia de convivencia social.

El 68 mexicano, tampoco es entendible, sino como producto de un tipo de modernización que había propiciado una modificación demográfica sustantiva en el país y que generó a las clases medias urbanas escolarizadas que habían accedido a otro de los logros del régimen: la educación pública. Población urbana, sectores medios y educación pública son tres de los componentes básicos que sentaron las bases para la escenificación de la coyuntura del 68, pero que en sí mismos son componentes estructurales de un cambio mayor que estaba presente y que no iba a desaparecer por actos represivos coyunturales. El proyecto modernizador de México estaba actuando y generando productos para los cuales, el sistema político de esa época, resultaba ya obsoleto. Los hijos de la modernización del país eran los que estaban haciendo evidente que el sistema político ya no era funcional a la sociedad en su conjunto. En ese sentido, el 68 es emblemático de la disfuncionalidad del sistema político mexicano de la época, respecto del país y sus modificaciones estructurales en lo demográfico, económico, político y cultural. El 68 movió conciencias e impulsó nuevas actitudes y comportamientos a partir de sucesos trágicos, con costos humanos muy altos, más los cambios institucionales y de cultura política de los que fue un prolegómeno, estaban inscritos en la lógica estructural de la modernización mexicana del siglo XX. La coyuntura política y todo el drama, heroísmo y abyección contenidos en esos sucesos que se hizo oír y que quiso, autoritaria e infructuosamente, acallar de manera violenta, respondía, en realidad, a un proceso de larga duración y profundo enraizamiento en la sociedad mexicana, de tal suerte que el intento de aplazar y negar su pertinencia histórica, terminó por ser absurdo e inútil y por ello mismo, una vergüenza para aquellos que se obstinaron en no leer correctamente el sentido y amplitud que la modernización de la sociedad mexicana había alcanzado ya para esa década.

En ese sentido, la significación del 68, dejó una huella imborrable en la vida política mexicana y por ello se convirtió en una coyuntura paradigmática. El gobierno mexicano reprimió antes del 68 y lo siguió haciendo después, pero nunca pudo volverlo a hacer desde la suficiencia, la soberbia y el autoritarismo del que hizo gala Díaz Ordaz, quien no sólo reprimió de manera brutal a la disidencia estudiantil, sino que se permitió esgrimir argumentos absurdos de alta responsabilidad de Estado para haberlo hecho. Al cerrarse esa coyuntura, la represión desde las oficinas gubernamen-

tales adquirió las características de la sombra, de algo que se ejerce, pero de lo que no es una actividad de la que pueda vanagloriarse ningún político. Dejó de ser una actividad ejemplar, un acto pedagógico, para retornar al mundo de lo turbio, de las actividades secretas y oscuras, del escarmiento atemorizador, del que se sabe, pero no se habla.

En ese sentido también marcó una diferencia. En una sociedad moderna, la represión es una función del Estado, pero pierde la ostentación y el supuesto aspecto pedagógico que en las sociedades tradicionales tiene como marco social e institucional. Los regímenes autoritarios la ejercen desde la impunidad y la arbitrariedad que les caracteriza, ya que les es conocida y reconocida la falta de respeto a los derechos humanos. En las sociedades democráticas, la represión se realiza de acuerdo a reglas más o menos transparentes, invocando la preservación y la seguridad de las instituciones democráticas. Díaz Ordaz pudo, de frente a la Nación, argüir responsabilidad y sentido de Estado en el ejercicio de semejantes decisiones brutales, escuchó el aplauso y beneplácito de los miembros del régimen, así como

también el profundo silencio del miedo imperante en una parte de la sociedad y la indiferencia de los más. Sólo un político tan obtuso como Gustavo Díaz Ordaz podía tener una respuesta de esa magnitud y naturaleza ante reclamos perfectamente procesables por un sistema político con un mínimo de contacto con la realidad social del país. Ningún político pudo volver a ejercer la represión y hacerlo en los términos de autoproclamarse defensor de la patria y sus valores; la represión continuó y continúa, pero aceptando todos los actores políticos que se trata de una actividad estatal de la que nadie puede vanagloriarse. La magnitud y la brutalidad de la represión del 68 habían abierto la cloaca de un sistema político cerrado y autoritario, y en esas aguas fétidas nadie quería bañarse ya. El siguiente Tlatoani, Luis Echeverría intentó airear esa podredumbre, pero fue hasta José López Portillo que se intentó dar una real salida institucional al procesamiento de las voces disidentes.

La coyuntura política del 68 está ligada a los intentos de modificación institucional para transitar de un sistema político inflexible e impermeable a voces alternativas, hacia un sistema político en el cual dichas voces encuentren

cabida institucional. La liberalización posterior del sistema político mexicano ha sido una respuesta a esa incapacidad, vigente hasta el 68, en el que ni siquiera se permitía emitir opiniones disconformes al discurso y hacer del régimen mexicano.

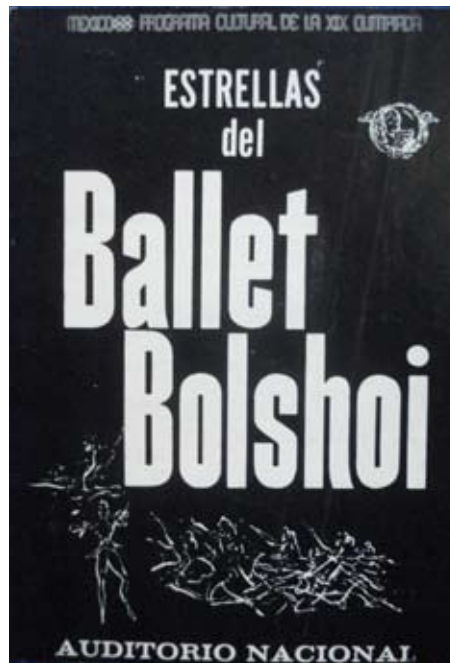
La liberalización que corre desde finales de los años 70's está relacionada con el aviso que el 68 dio de un sistema político anquilosado y que ya no correspondía al tipo de sociedad modernizada que se había venido creando en

México. La lenta, sinuosa y llena de ires y venires adecuación institucional, producto de esa liberalización, está referida a un momento coyuntural, pero que responde a una modificación estructural de la sociedad en su conjunto, en el sentido de modernizarse. Evidentemente hay actores y personajes que jalonean esa modernización, y los sobrevivientes del 68 reclaman y asumen para sí un protagonismo que en una visión heroica de la historia, los equipararía a los Niños Héroes de Chapultepec del siglo XIX, a los cuales aun hoy día se les rinden honores y de los cuales se grita: Murió por la Patria.

La historia la hacemos los hombres

concretos, la historia está llena de coyunturas sucesivas, pero las coyunturas sólo toman sentido cuando están inscritas en procesos de larga duración. Hay coyunturas significativas y otras que quedan en simple anécdota. El movimiento estudiantil del 68, la brutal represión de la que fue objeto y su impacto en la cultura política mexicana, lo han convertido en una coyuntura significativa en la vida nacional. En cambio, el heroísmo de los cadetes del Colegio Militar terminó siendo una anécdota que en nada cambió el rumbo de nuestra historia. El 68 sí lo hizo y en eso radica su importancia, diferencia y significación.

El 68 es en varios sentidos una coyuntura que modifica conductas, cultura e instituciones. El 68, por su magnitud y visibilidad impactó en el imaginario colectivo, se convirtió en un punto de referencia tanto de la disidencia frente al sistema político, como de las limitaciones que un sistema político puede llegar a tener cuando se aísla de la sociedad. La disidencia y la pluralidad son productos sociales y políticos de una sociedad que se moderniza, y el sistema político que propició dicha modernización está sujeto a generar las adecuaciones institucionales que le permitan pervivir, a



riesgo de que sea devorado por la modernización que inició. Ese fue el dilema institucional al que el país se enfrentó en la coyuntura del 68. Liberalización política y adecuación institucional para procesar la disidencia y la pluralidad, o el endurecimiento inmediato y el quiebre posterior del sistema político autoritario. Tal era el dilema.

El 68 no es una coyuntura donde los sistemas de control corporativo fallaran; se trató de ciudadanos no corporativizados que demandaron en calidad de ciudadanos. No se trató ya de una protesta gremial o una demanda corporativa, sino de una protesta ciudadana ante la cual el sistema político carecía de capacidad de respuesta, pues los ciudadanos, de carne y hueso, vivos, actuantes y demandantes, no existían para el sistema político mexicano de esa época. Existía el ciudadano en la legislación, pero que no tenía capacidad de hacer valer derechos, existía el ciudadano en la figura jurídica, pero no como actor político independiente y autónomo. El 68 hizo notar que los ciudadanos sí existían ya y podían demandar, organizarse y convertir sus reclamos en la vía para transformar un sistema político que hasta ese momento no contaba con los recursos para procesar las demandas ciudadanas. En ese sentido, el 68 es una coyuntura que de manera amplia mostró que la modernización de México estaba llegando a la mayoría de edad y había gestado un producto inevitable de toda modernización: los ciudadanos.

Los ciudadanos generan intereses, actitudes, comportamientos, demandas y formas de organización diversos y en esa pluralidad que es su principal riqueza. No cabía ya el intento de control desde arriba, como una forma de solución. El corporativismo y la cooptación podían seguir intentando reducir las voces disonantes, pero los ciudadanos, que cuentan ya con la independencia y la autonomía para generar formas y modalidades alternativas para seguir haciéndose escuchar, difícilmente podían ser reducidos y encuadrados exclusivamente en esas modalidades tradicionales de control. A partir del 68, fue imposible ignorar la existencia de ciudadanos en el sistema político mexicano, por lo que: o se cerraba más e incrementaba sus niveles de intolerancia, represión y autoritarismo, o bien iniciaba el camino de la liberalización política; la opción para el sistema político del no cambio se había evidenciado como no funcional. Esa fue otra más de las aportaciones que el 68 mexicano hizo a la historia nacional.

Un sistema político puede mantener niveles de gobernabilidad aceptables, dentro de estructuras y prácticas políticas establecidas, siempre y cuando el entorno

político y social no sufra grandes cambios, pero, si como fue el caso del 68, se hizo patente que tales cambios ya estaban en curso y operando en forma de nuevos actores sociales, el sistema político requería de nuevas soluciones para la entrada en escena de esos nuevos actores sociales. El ciudadano mexicano, como actor social y político, por sus características de independencia y autonomía y por la capacidad de multiplicarse en tanto unidades básicas, así como también por expresarse en organizaciones autónomas, hizo tentadoras, pero infructuosas, las alternativas de la cooptación de líderes y el encasillamiento en organizaciones corporativizadas –recursos a los cuales el sistema político estaba habituado–, porque eran de baja funcionalidad y eficiencia frente a actores sociales como lo eran los ciuda-



danos, dada su enorme capacidad de recambio. Por ello, se requería de cambios y adecuaciones en el sistema político que permitieran la libre operación de las modificaciones que en el entorno social se había operado, a fin de que pudiera seguirse manteniendo como parte importante de sus funciones de estabilidad social. Cambiar para mantener, el gatopardismo de todo sistema político que se reforma a sí mismo para mantenerse como sistema político vigente.

El 68, en la medida que hizo palpable la existencia de los ciudadanos, así fuera, inicialmente, solo entre los sectores medios urbanos y de alta escolaridad, anunciaba una sociedad mexicana que ya había cambiado y además, seguiría haciéndolo en ese mismo sentido, puesto que la modernización no era un proyecto renunciado, por lo que el sistema político requería adecuaciones concomitantes y continuas, para poder contender con ese nuevo actor político. Las lentas adecuaciones institucionales fueron sucediéndose a lo largo de las siguientes décadas, siendo

así una manera tímida para ir liberando espacios a la vida ciudadana y permitir que el sistema político adquiriera y desarrollara los recursos institucionales para procesar dicha pluralidad social. En consecuencia, el proceso de liberalización del sistema político fue la respuesta institucional para conservar márgenes aceptables de gobernabilidad y significó la prolongación en el tiempo de un sistema político que, en la medida que adoptó, generó e incorporó adecuaciones, pudo mantener la estabilidad social y un régimen institucional en el que los ciudadanos pudieran actuar sin convertirse en un peligro sistémico, tal y como si se había revelado el cerrado e inflexible sistema político mexicano en el 68, a pesar de su victoria pírrica en contra de estudiantes desarmados a los que masacró.

Las décadas posteriores han visto cómo esos ciudadanos generaron numerosas y variadas formas de expresión para sus diversos intereses, tanto en lo político como en lo cultural, y han contribuido a que la sociedad mexicana pueda desplegar una pluralidad que antes era inconcebible, aun y cuando sigan existiendo ciertos sectores sociales proclives al rechazo a la pluralidad, pero sin que ese rechazo se exprese y encuentre cabida ya, necesariamente, como una respuesta institucional de intolerancia a la pluralidad. El respeto a la pluralidad y a la diversidad política y cultural se ha incorporado como un valor de la vida civil del país, y cuando hay manifestaciones de intolerancia existe una respuesta social de repudio a dicha intolerancia. El “prohibido prohibir” de los 60’s ha adquirido una nueva dimensión cultural y espacial. La intolerancia no tiene ya acta de naturalidad como una forma políticamente correcta y aceptada, todo lo cual ha significado un avance importante en lo que se refiere a una cultura política en la cual la diversidad ha sentado sus reales.

Por otra parte, una más de las herencias significativas que el 68 ha dejado para la cultura ciudadana, es la experiencia organizativa de manera autónoma que se derivó de esa coyuntura. Sus progresos fueron difíciles en los primeros años, pero han fructificado y multiplicado su espectro. De manera inicial están los círculos de estudio, las organizaciones político-culturales, la participación en sindicatos, la formación de partidos y organizaciones políticas, la articulación de organizaciones culturales y civiles del más diverso corte. En suma, variadas organizaciones autónomas y participación civil diversa y plural. De ninguna manera esto quiere decir que todas las organizaciones sociales y la participación ciudadana posteriores derivan de aquellas que tuvieron sus orígenes en los miembros o participantes del

68. No, simplemente quiere decir que el 68 mostró que tales organizaciones y tal participación eran posibles y sí abrió un camino que la pluralidad y diversidad ciudadana han enriquecido a partir de múltiples experiencias de muy diversa índole y orientación. En este sentido, el 68 también ha sido una veta de los cambios que después se han sucedido.

Ahora bien, el 68 también ha sido una coyuntura que dejó una significación destacada en el imaginario colectivo. Fue un año en el coincidentemente sucedieron y se conjuntaron diversos hechos contradictorios y complementarios: París, México, Praga, las grandes protestas en contra de la Guerra de Viet Nam, las manifestaciones a favor de los derechos civiles, los grandes festivales de rock, el apogeo de la contracultura, la vigencia de los movimientos de liberación nacional. Grandes movimientos culturales y políticos que desde muy diversos enfoques plantearon formas alternativas de vida, asentadas en el inconformismo y que, por lo mismo criticaban al *establishment* económico, político y cultural.

El arte y la política se unieron en la década de los 60’s para buscar y ofrecer perspectivas novedosas en los campos de la filosofía y la cultura en general, la apertura de Occidente a las filosofías y culturas orientales, así como la valoración y reivindicación de las culturas autóctonas vertieron nuevos elementos que en sus muy variadas conjunciones vitalizaron y enriquecieron la cultura de Occidente con una diferencia característica: la de ser movimientos culturales de masas que se articulaban entre muy variadas elites y que al tiempo que tenían un discurso común —la búsqueda de la innovación—; poseían referencias propias y cada discurso era en sí mismo un universo conceptual con matices propios. Definió la ruptura con los grandes discursos y la proliferación y multiplicidad de discursos y diálogos diversos.

El 68 mexicano, como coyuntura política, estaba también inserto en esa dinámica cultural que buscaba escapar de los marcos establecidos, buscando referencias externas e internas que dotaran a los diferentes discursos de nuevas significaciones, generaran nuevas audiencias y ampliaran la diversidad cultural y de las formas de participación e inserción en las corrientes culturales y políticas imperantes en esa época. El 68 en lo político significó la irrupción de los ciudadanos en la escena política, pero también esos mismos ciudadanos eran los generadores y receptores de nuevas propuestas culturales que pudieron fructificar, precisamente por su diversidad e independencia. Las diversas visiones y enfoques culturales que se fueron abriendo camino, encontraron espacios, cultores y generadores que

en su pluralidad rompieron con cualquier idea posible de universos culturales monocromáticos, unidireccionales o encerrados en sí mismos. Ciudadanos y diversidad cultural tuvieron a partir del 68 esa oportunidad de exploración, búsqueda e innovación. La crítica y el enfrentamiento al autoritarismo político hicieron que la crítica a la cultura oficial fuera también un paso natural, y que consecuentemente se impulsaran y germinaran diversas modalidades y enfoques de lo que la cultura era y podía ser u ofrecer.

En el imaginario colectivo, el 68 está indudablemente ligado a símbolos de rebeldía juvenil de ese momento, jeans, pelo largo, minifaldas, rock, drogas, sexo, el Che Guevara, entre otros muchos, y que como imágenes o símbolos icónicos siguen teniendo vigencia. Esos mismos símbolos, al tiempo que servían como elementos aglutinadores de nuevas identidades, eran también objeto de la anatemización por parte de los detractores de esas nuevas identidades y de sus portadores. Mas lo significativo ha resultado en que justamente, esas nuevas identidades encontraron y siguen encontrando la posibilidad de expresarse, mostrarse y desplegarse como formas alternativas y que la pretensión autoritaria de identidades encasilladas, monolíticas y adscritas había llegado a su término. El 68 en ese sentido es también el triunfo de la pluralidad identitaria.

Los aportes que el 68 mexicano, como coyuntura política y como momento emblemático, son muy ricos para la cultura nacional y están ya incorporados como parte vital de la vida cotidiana del país. Su impronta como reclamo democrático tuvo impactos permanentes en la estructura y funcionamiento del sistema y la cultura política del país. Su aporte en las formas de organización, participación y diversidad de las mismas, pero sobre todo en la reivindicación que esa organización y participación eran deseables, posibles y eficientes en la consecución de objetivos diversos, abriendo una veta muy importante para que los ciudadanos pudieran articular una sociedad civil participante. El 68 también dio carta de naturalidad a la pluralidad cultural, a la diversidad identitaria y contribuyó a la creación de mitos y leyendas, símbolos e imágenes, discursos diversos y alternativos que han enriquecido el México de la modernidad, que ha criticado sus insuficiencias y han explorado nuevas modalidades de enfrentar los problemas nacionales. El aporte del 68 mexicano a la vida del país ha sido muy rico, variado y vasto, un aporte que ha fincado raíces profundas en la vida nacional, que ha ido mucho más allá de aspectos meramente coyunturales, pues ha inducido

cambios institucionales y en la cultura, contribuyendo así a la presencia de un México más rico y en el que podamos caber y sentirnos más cómodos todos.

En ese sentido, el aporte del 68 mexicano no ha agotado aun sus potencialidades. Es una corriente que al liberar y crear espacios institucionales, organizativos, culturales y simbólicos para los ciudadanos, permite identificarse con las tareas y responsabilidades del presente; es una herencia, pero también una modalidad de encarar el futuro. La coyuntura política del 68 quedó atrás hace ya 40 años, mas su vigencia como explosión social, cultural e institucional, es algo que sigue vivo y con muchas tareas aun por cumplir. El 68 es el símbolo de una modernización que había ya cubierto su ciclo, pero también el símbolo del inicio de otra etapa de la modernización en la que el reclamo democrático deje de serlo, para que se convierta en simplemente democracia, en el que la diversidad y pluralidad cultural e institucional ya no sea solamente una aspiración, sino una forma de vida establecida, en el que la sociedad mexicana pueda reconocerse en sus múltiples rostros y facetas. El 68 mexicano está vivo, como herencia, pero sobre todo, como tareas individuales, colectivas e institucionales por cumplir y realizar. El 68 mexicano no fue solamente represión, fue también la irrupción de un nuevo actor a la vida social y política del país: los ciudadanos. Como todo parto tuvo su lado dramático y traumático, pero igualmente, como todo acto de vida, está preñado de nuevas ilusiones, proyectos y realizaciones. El 68 mexicano, no es solamente la Plaza de las Tres Culturas como tragedia y abyección, masacre y represión. El 68 mexicano es el canto de vida que la sociedad mexicana presenció cuando los ciudadanos, representados por los jóvenes estudiantes, reclamaron su mayoría de edad para forzar a la sociedad mexicana a reconocerse como una sociedad moderna, como una sociedad de ciudadanos que tienen deberes, pero también derechos, que saben reclamarlos y saben organizarse para sacarlos adelante y contribuir así a la creación de la República.

El 68 mexicano es pues, una coyuntura política específica y un momento emblemático de un largo proceso de modernización para constituir una república de ciudadanos; parte aguas y eslabón, anuncio del fin de un ciclo y símbolo de uno nuevo, ruptura y continuidad en la historia nacional. •

ALEJANDRO FAVELA es politólogo y profesor-investigador titular adscrito al Departamento de Sociología en la Unidad Iztapalapa de la UAM. Correo electrónico: afg58@hotmail.com